

Álvaro Rodríguez Echeverría, FSC
Superior General

Ministros y Servidores de la Palabra

Hermanos de las Escuelas Cristianas
Via Aurelia 476
00165 Roma, Italia

Mayo 2005

El contenido de este Cuaderno MEL fue publicado el 25 de diciembre de 2004, como la parte central de la Carta Pastoral anual del H. Álvaro Rodríguez Echeverría, Superior General, a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Conscientes de su interés y validez para todos los educadores de nuestras instituciones lasallistas, se vuelve a publicar en este Cuaderno MEL con las oportunas adaptaciones.

Siglas y referencias

Magisterio

- GS Gaudium et Spes - Vaticano II - 1965.
- EN Evangelii Nuntiandi - Pablo VI - 1976.
- RM Redemptoris Missio - Juan Pablo II - 1990.
- NMI Novo Millennio ineunte - Juan Pablo II - 2001.

Textos lasalianos

- EM Explicación del Método de Oración Mental - Juan Bautista de La Salle
- C Cartas - San Juan Bautista de La Salle
- MD Meditaciones para todos los domingos del año - Juan Bautista de La Salle
- MF Meditaciones para las fiestas principales el año - Juan Bautista de La Salle
- MR Meditaciones para los días de retiro - Juan Bautista de La Salle
- RC Reglas Comunes de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, 1718 - Juan Bautista de La Salle
- D Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas - 39° Capítulo General - 1697
- R Regla de los Hermanos de las Escuelas Cristianas - 41° Capítulo General - 1987
- Cir Circular - H. Superior General y su Consejo

1. La evangelización brota de la experiencia de Dios

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos: la Palabra de la vida, porque la vida se dio a conocer, nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y os escribimos esto para que sea mayor nuestra alegría (1 Jn 1,1-4).

Lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos tocado... Con estas maravillosas palabras de San Juan deseo iniciar esta reflexión sobre la misión evangelizadora del educador lasallista en el mundo de hoy, porque estoy convencido de que ésta debe nacer de una experiencia vital, de un encuentro personal, de un amor apasionado que han transformado nuestras vidas. Paradójicamente si la Evangelización es Palabra de vida, su presupuesto previo es silencio contemplativo y unión amorosa. Como lo expresaba San Juan de la Cruz: *Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla en eterno silencio; y en silencio ha de ser oída del alma* (Avisos-Puntos de amor, nº 21).

Hablando del encuentro con Cristo, B. Meyer decía: *Si uno se encuentra con Él en sus términos, hay una cosa que se hace clara: tiene lugar una cita no una teoría.* Esto es lo que podemos percibir en la vida de san Juan Bautista de La Salle. Su encuentro con Jesús, más que una teoría, fue una experiencia fundacional y existencial que transformó sus criterios, sus preferencias, sus objetivos, su vida.

Y esto forma parte de la estructura del ser humano llamado desde su nacimiento a amar y servir. El secreto de una vida realizada es llevar adelante un proyecto de amor y de servicio, no como una exigencia impuesta desde fuera sino como un impulso que surge desde dentro.

El ex-secretario general de la ONU Dag Hammarskjöld, relató una invitación que transformó su vida: *en algún momento, de*

hecho respondí "Sí" a Alguien o a Algo, y a partir de esa hora estuve convencido de que existir tiene sentido y que, por tanto, mi vida de autoentrega tenía una meta.

Responder así le otorgó a Hammarskjöld una dirección a su vida. De hecho lo condujo a la cruz y a la muerte. Lo mismo pasó con Ita Ford, religiosa de Maryknoll, que laboró entre desplazados de guerra en El Salvador en 1980. Poco antes de morir, Ita le escribió a su sobrina, de dieciséis años, en Estados Unidos: *Espero que llegues a encontrar aquello que dé sentido profundo a tu vida. Algo por lo que valga la pena vivir - tal vez aún morir - algo que te anime, que te entusiasme, que te haga seguir adelante. No te puedo decir lo que puede ser. Eso te toca a ti descubrirlo, elegirlo, amarlo* (Dean Brackley, Una vocación para mi tribu: solidaridad, ST Revista de Teología Pastoral, Julio-agosto 2003).

Hoy más que nunca son ciertas aquellas iluminadoras palabras del Vaticano II: *Podemos pensar con razón, que la suerte futura de la humanidad está en manos de aquellos que sean capaces de transmitir a las generaciones venideras, razones para vivir y para esperar* (GS 31).

Sabemos que el mundo actual no facilita el descubrimiento de lo que pueda dar a la vida humana un sentido profundo. Hoy se valora más lo intrascendente, que nos encierra en nuestro aquí y ahora y en lo inmediato y agradable; la diversión del momento constituye un valor absoluto que nos exime de búsquedas vitales; el tener se ha convertido en un fin último y el relativismo y la indiferencia forman parte de nuestro bagaje cultural. Y, desgraciadamente, también sabemos que aún en aquellas partes del mundo en donde la religión sigue siendo un valor socialmente reconocido, se dan dos situaciones preocupantes. Por una parte un divorcio entre fe y vida, tantas veces denunciado, por ejemplo, en América Latina, o lo que es peor, el fundamentalismo religioso que lleva a justificar en nombre de Dios todo tipo de terrorismo.

Y sin embargo como afirmaba Pablo VI: *Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca, sin embargo, por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible* (EN 76).

Por eso hoy más que nunca la evangelización se revela como un imperativo esencial. *Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda* (EN 14). Evangelizar, en el fondo, no es más que abrírnos al misterio de Dios y al misterio humano. Es descubrir a un Dios que busca al hombre de manera incondicional y gratuita y descubrir al ser humano eterno buscador, nunca satisfecho, abierto siempre a nuevas aventuras que respondan a sus insaciables aspiraciones y deseos, marcado por una profunda nostalgia ante las experiencias cotidianas de la soledad, el abandono, la alienación, el desarraigo, el aburrimiento, la masificación, la frustración, la exclusión... La carrera cada vez más veloz por nuevos descubrimientos, exploraciones espaciales, tecnología, genética, etc., nos muestran que la persona desea algo más de lo que tiene y no acaba de encontrar.

Evangelizar, significa haber experimentado de tal manera la presencia de Dios en nuestras vidas, que de manera espontánea sentimos una fuerza interior, que como la Samaritana (*Jn 4,28-30*), no la podemos guardar únicamente para nosotros mismos, sino que nos sentimos impelidos a llevarla a los demás como la mejor de las noticias, dejando abandonado el cántaro de nuestras seguridades y certezas. Estamos llamados a ser ante todo testigos del Misterio.

Eso que hemos visto y oído, lo que hemos tocado... eso os anunciamos... Es la experiencia profunda que ha transformado nuestras vidas y que sabemos podrá transformar también, la vida de aquellos jóvenes que educamos. Es compartir no tanto como maestros sino como testigos que el Padre en Jesucristo y con la fuerza del Espíritu es el misterio insondable que nos permite alcanzar la plena realización. Que la misma nostalgia que tenemos por Dios, la tiene Dios por nosotros y que ésta es la noticia revolucionaria que puede saciar nuestra sed de criaturas que venimos de la nada pero que aspiramos a lo infinito. Por eso nos suenan familiares los textos de algunos salmos como los siguientes: *Dios, tú mi Dios, yo te busco, mi ser tiene sed de ti, por ti languidece mi cuerpo, como erial agotado, sin agua* (Sal 63,2); *como anhela la cierva los arroyos, así te anhela mi ser, Dios mío. Mi ser tiene sed de Dios, del Dios vivo* (Sal 42,2-3).

Debemos hacer nuestras las palabras proferidas por Marthin Luther King en una helada noche de diciembre de 1964, en la

ciudad de Oslo, donde, en aquel año, le fue entregado el premio Nóbel de la Paz:

Hoy en la noche del mundo y en la esperanza de la buena nueva, afirmo con audacia mi fe en el futuro de la humanidad.

Me resisto a creer que el ser humano no sea más que una pajilla sacudida por la corriente de la vida, sin posibilidad de influir en lo más mínimo el curso de los acontecimientos.

Me resisto a creer que el hombre esté hasta tal punto prisionero de la noche sin estrellas, del racismo y de la guerra, que la aurora radiante de la paz y de la fraternidad nunca podrán volverse una realidad...

Yo creo que la verdad y el amor sin condiciones tendrán la última palabra. La vida, aun cuando provisoriamente derrotada, permanece siempre más fuerte que la muerte.

Creo firmemente que, aún en medio de las bombas que revientan y de los cañones que truenan, se mantiene la esperanza de un mañana radiante.

Me atrevo a creer que un día todos los habitantes de la tierra, podrán recibir tres comidas al día para la vida del cuerpo, la educación y la cultura para la salud del espíritu, la igualdad y la libertad para la vida del corazón.

Creo igualmente que un día toda la humanidad reconocerá en Dios la fuente de su amor. Creo que la bondad salvadora un día se tornará ley. El lobo y el cordero podrán recostarse juntos, cada hombre podrá sentarse bajo su higuera, en su viña, y nadie más tendrá razón para sentir miedo. Creo firmemente que venceremos.

Son de todos conocidas las palabras de Karl Rahner, que él consideraba como su testamento. No por eso dejan de seguir teniendo plena actualidad, y siguen siendo un reto para nuestro futuro: *El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que haya experimentado algo, o no podrá ser religioso, pues la religiosidad del mañana no será ya compartida en base a una convicción pública, unánime y obvia.* Porque para ser creyente cada uno debe descubrir, como decía H.U. Von Balthasar, que *es un ser con un misterio en su corazón que es mayor que él mismo.*

Lo más importante para la evangelización hoy no es solamente transmitir una doctrina, ofrecer una moral, facilitar unas prácticas

religiosas. Lo prioritario es revivir la experiencia de los primeros discípulos en su relación de amistad, cercanía, confianza con Jesús Verbo encarnado revelador del Padre.

Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y os escribimos esto para que sea mayor nuestra alegría. Ésta es la buena nueva de la Evangelización, ésta es la experiencia que queremos compartir con los jóvenes que educamos y con todos aquellos con quienes nos relacionamos, y esto es lo que, como para San Juan, constituye para nosotros la fuente de la mayor de las alegrías (1 Jn 1,4). Y el Fundador piensa lo mismo cuando nos dice: Qué alegría ver que recibieron la Palabra de Dios en vuestros catecismos, no como palabra de hombres, sino como palabra de Dios, el cual actúa poderosamente en ellos, como se manifiesta visiblemente por la buena conducta que siguen observando! (MR 207,3).

2. Fijando nuestros ojos en el que inicia y completa nuestra fe, Jesús (Hb 12,2)

La predicación de Jesús tiene dos polos fundamentales: de una parte la revelación de Dios como Abba y, de otra, el anuncio del Reino de Dios. Desde el inicio de su predicación Jesús proclama: *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva* (Mc 1,14-15). La revelación de Dios como Padre-Madre es la buena nueva de que todos somos hijos e hijas, más allá de cualquier diferencia. El anuncio del Reino es, a su vez, la buena nueva de que todos somos hermanos y hermanas llamados a construir un Reino *de verdad y vida, de santidad y gracia, de justicia, de amor y de paz* (Prefacio para la fiesta de Cristo Rey).

Abba!, posiblemente sea la palabra más revolucionaria del Nuevo Testamento. Es la revelación de la cercanía de un Dios que nos ama como un padre a su hijo. *Padre querido, con esta sencilla fórmula la Iglesia primitiva recogió el núcleo de la fe que era la de Jesús. ¿Qué significaba esta invocación para la cristianidad primitiva? Pablo lo indica con claridad y concisión en las Cartas a los Gálatas y a los Romanos, en términos diferentes en cuanto a su forma pero de acuerdo a su contenido: "La prueba de que sois hijos es que Dios envió a nuestro interior el Espíritu de su Hijo, que grita: Abba! Padre!"* (Ga 4,6). *"Mientras que gritamos Abba! Padre!, el Espíritu le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios"* (Rm 8,15-16). *Lo que quieren decir estas dos frases es lo siguiente: gritar Abba es algo que supera todas las capacidades humanas; esto no es posible más que dentro de la nueva relación con Dios que nos ha dado el Hijo; por la acción del Espíritu, Dios mismo hace brotar ese grito en el que se actualiza siempre que resuena, la filiación divina* (Jeremías J., Abba. El mensaje central del Nuevo Testamento).

El centro de toda Evangelización es el doble mandamiento del amor: a Dios y al prójimo. Por eso toda evangelización debe traducirse fundamentalmente en pasión por Dios y pasión por la humanidad. Los milagros que Jesús realiza son signos de que el Reino de Dios se acerca, manifestación del amor compasivo del

Padre, realidades liberadoras que nos permiten comprender que el Reino es *promesa y realidad* al mismo tiempo y que nos invitan a proseguir la acción sanadora de Cristo como una de las formas privilegiadas de toda Evangelización.

En un texto esclarecedor, San Agustín nos presenta incisivamente esta verdad fundamental de nuestra fe. *El amor de Dios es el primero como mandamiento, pero el amor al prójimo es el primero como actuación práctica. Aquel que te da el mandamiento del amor en estos dos preceptos, no te enseña primero el amor al prójimo, y después el amor a Dios, sino viceversa. Pero como a Dios no lo vemos todavía, amando al prójimo tú adquieres el mérito para verlo; amando al prójimo tú purificas tu ojo para ver a Dios, como lo afirma San Juan: "Si no amas al hermano que ves, ¿cómo podrás amar a Dios a quien no ves?"* (cf. 1 Jn 4,20). *Si sintiendo la exhortación para amar a Dios, tú me dijese: "muéstrame a aquel que debo amar", yo no podría responderte sino con las palabras de San Juan: "Ninguno jamás ha visto a Dios"* (cf. Jn 1,18). *Pero para que tú no te creas excluido totalmente de la posibilidad de ver a Dios, el mismo Juan dice: "Dios es amor. Quien permanece en el amor permanece en Dios"* (1 Jn 4,16). *Tú, por lo tanto, ama al prójimo y mirando dentro de ti donde nazca este amor, en cuanto te es posible, verás a Dios* (Tratado sobre San Juan 17,7-9).

La mentalidad moderna no siempre lo ha comprendido así. Para muchos de nuestros contemporáneos parecería que lo que damos a Dios se lo quitamos a la persona humana. Un ejemplo ilustrativo de lo anterior lo encontramos en el diálogo entre Kaliayev, preso por atentar contra el régimen zarista, y Foka, preso común encargado de limpiar su celda, en *Los justos* de Albert Camus:

Kaliayev. Todos seremos hermanos y la justicia hará transparentes nuestros corazones. ¿Sabes de qué te hablo?

Foka. Sí, del reino de Dios...

Kaliayev. No hay que decir eso, hermano. Dios no puede nada. La justicia es cosa nuestra! ¿No comprendes? ¿Conoces la leyenda de San Demetrio?... Tenía cita en la estepa con el mismo Dios, y allá iba de prisa cuando encontró a un campesino con el carro atascado. Entonces San Demetrio lo ayudó. El barro era espeso, el bache profundo. Hubo que luchar durante una hora. Y al terminar, San Demetrio corrió a la cita, pero Dios ya no estaba.

Foka. ¿Y entonces?

Kaliayev. Y entonces están los que siempre llegarán tarde a la cita porque hay demasiadas carretas atascadas y demasiados humanos que socorrer.

Para nosotros es todo lo contrario. La fe nos dice que es en el hermano/a necesitado en donde mejor podemos descubrir a Dios y que todo lo que hagamos al más pequeño es como si se lo hubiéramos hecho a Él. El encuentro con el prójimo necesitado lejos de ser obstáculo es el camino normal en nuestro itinerario hacia Dios. Así lo fue también para el Fundador que nos invita a *reconocer a Jesús bajo los pobres harapos de los niños que tenéis que instruir* (MF 96,3).

Evangelizar es proseguir la misión de Jesús. San Juan Bautista de La Salle nos invita a vivir nuestro ministerio como discípulos de Jesús que sienten que no pueden guardar únicamente para ellos mismos la gracia de este maravilloso encuentro capaz de transformar la vida, sino que se sienten llamados a compartir este don con sus alumnos: *Pero no basta con que vosotros seáis verdaderos siervos de Jesucristo; tenéis además la obligación de procurar que lo conozcan y adoren los niños que instruíis* (MF 182,3). Y como consecuencia, debemos ser conscientes de que no podemos dar lo que no poseemos: *Estáis encargados de parte de Dios de revestirlos del mismo Jesucristo y de su Espíritu. ¿Habéis tenido cuidado, antes de emprender tan santo ministerio, de revestiros vosotros mismos de Él a fin de poder comunicarles esta gracia?* (MF 189,1).

El Fundador nos invita a conformarnos con Cristo en nuestro ministerio de educación cristiana. Se trata de una conformidad en un nivel cada vez más profundo de identificación y no simplemente la copia de un modelo exterior. *Para desempeñar debidamente vuestro ministerio, no os bastaría ejercer vuestras funciones con los niños y conformaros sólo a Jesucristo en su proceder y en la conversión de las almas, si además no os pusierais en sus miras e intenciones* (MR 196,3).

Esta preocupación por llegar a la conformidad interna con Jesucristo, aparece repetidamente en la Explicación del Método de Oración. Así por ejemplo, cuando nos presenta el acto de unión sobre la humildad: *Que la unción de vuestra santa gracia me enseñe a ser humilde de corazón y a practicar la humildad no*

sólo en lo exterior como las personas del mundo, por política, sino con miras de fe, en unión con vuestro Espíritu, en conformidad con vuestras disposiciones y a imitación vuestra (EMO 14,285,2).

La conformidad con Jesús debe llevarnos a ser *sacramento de Cristo* para nuestros discípulos: *Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren como a Él mismo, y que reciban vuestras instrucciones como si fuera Él mismo quien se las diera; y deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por vuestra boca* (MR 195,2). Se trata de vivir, pues, una fe profunda, condición primera de toda auténtica evangelización: *¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz de mover el corazón de vuestros alumnos e inspirarles el espíritu cristiano? Ése es el mayor milagro que podéis realizar y el que Dios os exige, puesto que es el fin de vuestro empleo* (MF 139,3).

La conformidad con Jesucristo debe llevar al Hermano y a todo educador lasallista no sólo a dar vida abundante a los jóvenes (cf. MR 201,3, 196,3, MD 45,1, EMO 25, MF 112,3), sino a dar por ellos, como Jesús, su propia vida: *Y vuestro celo en esto debe ir tan lejos que, para contribuir a ello, estéis dispuestos a dar vuestra propia vida. Hasta tal punto tenéis que querer a los niños de quienes estáis encargados!* (MR 198,2).

3. Ministros de la Palabra según San Juan Bautista de La Salle

El Fundador nos invita a menudo, sobre todo en las Meditaciones para el Tiempo de Retiro, a considerarnos como Ministros de Dios y dispensadores de sus misterios. Esto constituye una de las dimensiones más maravillosas de nuestra misión. *No debéis dudar de que es gran don de Dios la gracia que os ha hecho al encargarnos de instruir a los niños, anunciarles el Evangelio y educarlos en el espíritu de la religión* (MR 201,1).

Ministros de la Palabra y embajadores de Cristo debemos, en primer lugar, como Ezequiel o Jeremías, devorar, digerir, interiorizar, rumiar esa Palabra (Ez 3,1-3; Jr 15,16). A eso invita claramente la Regla de los Hermanos: *Para entrar y vivir en el espíritu de su Instituto los Hermanos se nutren continuamente de la Palabra de Dios, que estudian, meditan y comparten entre ellos. Tienen profundísimo respeto a la Sagrada Escritura, singularmente al Evangelio, su "primera y principal Regla"* (R 6).

Nuestro Fundador emplea otro verbo en el Método de Oración, nos invita a "gustar" la Palabra: Los textos de la Sagrada Escritura, *siendo palabras de Dios según nos enseña la fe, tienen de suyo una unción divina, nos conducen por sí mismos a Dios, nos hacen gustar a Dios y nos ayudan a mantener la mirada en Dios y también a conservar en nosotros el gusto de Dios* (EMO 4,143).

Debemos acercarnos a la Biblia, no como a un tratado, sino como a una historia, como a una narración. La historia viva del amor de Dios por el hombre. Pero esta historia no la debemos leer como algo del pasado, la debemos leer como una historia que nos ayuda a entender dónde estamos actualmente y hacia dónde nos debemos dirigir. Es por eso que Jesús nos dice en el Evangelio: *Hoy se cumple esta palabra* (Lc 4,21). Al citar al Profeta Isaías y presentarnos su consagración por el Espíritu y su mensaje programático de *llevar la Buena Noticia a los pobres, anunciar libertad a los presos, dar vista a los ciegos, liberar a los oprimidos, y anunciar el año favorable del Señor* (Lc 4,18-19), nos dice, no solamente cuál es su misión, sino también la que nosotros hoy estamos llamados a vivir.

El programa de Jesús debe ser hoy nuestro propio programa. El Espíritu del Señor está también sobre nosotros y nos ha consagrado para llevar la Buena Nueva a los jóvenes: *Ha sido Dios quien, con su poder y por bondad muy particular, os llamó para llevar el conocimiento del Evangelio a los que aún no lo han recibido. Consideraos, pues, como los ministros de Dios y cumplid las obligaciones de vuestro empleo con todo el celo posible y como quien ha de darle cuenta de ello* (MF 140,2).

Isaías al recordar la liberación de Egipto y el Mar Rojo a los deserrados en Babilonia les dice: *No os acordéis de las cosas pasadas, ni penséis en las cosas antiguas; mirad, yo estoy haciendo algo nuevo: ya está germinando, ¿no os dais cuenta? Sí, pondré un camino en el desierto y ríos en la estepa. Me glorificarán... porque haré brotar agua en el desierto y ríos en la estepa, para dar de beber a mi pueblo, mi elegido, el pueblo que yo me formé para que pregonara mi alabanza* (Is 43,18-21).

Isaías cuenta esta historia no para alentar el escapismo sino para que todos se den cuenta de que hoy está sucediendo lo mismo con ellos. Así debemos acercarnos a la Biblia. Leer el texto no simplemente como punto de partida para la reflexión, ni para sacar de él lecciones morales, ni como información sobre hechos del pasado sino como una historia que arroja luz sobre la realidad actual, una ayuda para comprender lo que está sucediendo en el presente y una invitación a prolongar en nuestro hoy la acción salvífica de Dios. La Palabra de Dios nos introduce en una relación y no en un recuerdo. *Se trata de la relación viva en la que, aquí y ahora, soy yo quien reconoce a Dios presente en mi existencia, acogéndome, apoyándome, guiándome, hablándome* (Andrés Torres Queiruga).

Así lo hizo Jesús y así lo debemos hacer nosotros, sin olvidar que los textos bíblicos nos deben finalmente centrar en la Persona de Jesús, palabra última y definitiva que Dios Padre ha pronunciado y que el Espíritu actualiza cada día en lo más profundo de nuestro ser y en el mundo. *La escucha de los Evangelios, el más profundo y riguroso de los conocimientos de las palabras evangélicas son insuficientes y engañosos sin la mirada fija en el personaje viviente, sin la contemplación directa del Señor. El valor irremplazable de los evangelios, la señal de su autenticidad es precisamente que impiden siempre separar las palabras de la Palabra* (Jacques Guillet).

La meditación de la Palabra de Dios, la lectio divina, debe siempre concluir en apertura, compromiso y donación. Después de haber leído atentamente el texto y de preguntarme qué me dice Dios en el mismo y de escucharle a corazón abierto; después de dejar brotar mis sentimientos de paz, gozo, alegría, confianza, gratitud, alabanza, perdón y todo lo que late en mi corazón, siento que el diálogo con Dios, que ha podido convertirse en contemplación silenciosa, no se cierra aquí. Siento que esta Palabra no es sólo para mí. Necesito anunciarla. Divulgar ese mensaje. Ese regalo de Dios, su Palabra, tengo que compartirlo con mis hermanos y hermanas, con los jóvenes que el Señor me ha confiado. Porque como nos dice el Fundador: *Vosotros ejercéis un empleo que os pone en la obligación de mover los corazones; y no podréis conseguirlo sino por el Espíritu de Dios. Pedidle que os conceda hoy la misma gracia que otorgó a los santos apóstoles, y que después de haberos colmado de su Espíritu para santificaros, os lo comunique también para procurar la salvación de los demás* (MF 43,3).

Y la manera más convincente de transmitir la Palabra de Dios, es el propio testimonio del educador, que se ha dejado transformar por ella y que manifiesta en su vida cotidiana la realidad que anuncia. *En vano creeríais lo que Jesucristo os ha propuesto en el Santo Evangelio si vuestras acciones no lo confirmasen... ¿En qué demostraréis que tenéis el espíritu del cristianismo? Tened la seguridad de que, para poseerlo, es preciso que vuestras acciones no desmientan la fe que profesáis, y que sean expresión viva de lo que está escrito en el Evangelio* (MF 84,3).

4. Comunicar la fe hoy

Me parece importante mirar hacia nuestro pasado y estudiar cuáles fueron los motivos que dieron vida a nuestra Misión Lasaliana y que siguen iluminando nuestra acción educativa y evangelizadora. El *para qué nacimos* debe seguir iluminando hoy el *qué hacemos*.

En palabras de La Salle *el fin de este Instituto es dar cristiana educación a los niños; y con este objeto se tienen las escuelas, para que estando los niños mañana y tarde bajo la dirección de los maestros, puedan estos enseñarles a vivir bien, instruyéndolos en los misterios de nuestra santa religión, inspirándoles las máximas cristianas, y así darles la educación que les conviene* (RC 1718, 1,3) y el Fundador añade: *Procurar este beneficio a los hijos de los artesanos y de los pobres, tal ha sido el motivo por el cual se han instituido las Escuelas Cristianas* (ídem 1,5).

En este mismo sentido debemos interpretar la insistencia sobre la *gratuidad* para facilitar el que los pobres puedan asistir a la escuela. *Los Hermanos darán en todas partes, escuela gratuitamente y esto es esencial a su Instituto* (ídem 7,1). La gratuidad no tiene solamente una connotación económica. Se trata también de una actitud espiritual porque el ministerio del Hermano constituye un don gratuito de la bondad de Dios, que a su vez debe traducirse en una entrega gratuita y desinteresada que haga visible a los niños y jóvenes el amor incondicional de Dios.

Por otra parte, al Fundador le preocupa que *la escuela vaya bien*, como lo expresa en algunas de sus cartas (C 75,8; 58,20). Gratuidad no significa rechazar la eficacia. Al contrario, el Fundador manifiesta una voluntad de eficacia histórica que lo llevó a cambios revolucionarios y audaces como el método simultáneo en la escuela elemental, el uso de la lengua materna en lugar del latín, una pedagogía práctica que prepare a la vida, y en fin, su vivo deseo de responder a las necesidades de la época con un sano realismo pedagógico.

En el fondo se trata de poner los medios de salvación al alcance de los jóvenes y por eso el espíritu de fe que anima al Hermano a la luz de los valores evangélicos, debe traducirse en celo

ardiente por la salvación de aquellos que están bajo su cuidado *educándolos en la piedad y en el verdadero espíritu cristiano, esto es, según las reglas y máximas del Evangelio* (RC 1718, 2,10).

Si miramos a nuestro pasado y si recordamos nuestras raíces, no es para repetir mecánicamente lo que el Fundador y los primeros Hermanos realizaron en una época, condicionada como todas las épocas por situaciones y limitaciones determinadas. Lo importante es mantener vivo el espíritu que los animó en su misión de construir el Reino de Dios a través de la educación cristiana. Lo que el Fundador decía a los primeros Hermanos sigue teniendo plena actualidad para nosotros hoy, con tal de que lo adaptemos a nuestro mundo cambiante. *Vosotros habéis sido puestos por Dios para suceder a los santos apóstoles en la exposición de la doctrina de Jesucristo y en el afianzamiento de su santa ley en la mente y en el corazón de aquellos a los que enseñáis, cuando dáis el catecismo, que es vuestra principal función* (MF 145, 3).

Esto no es un desafío fácil en un mundo secularizado en donde lo religioso ha perdido significado; como tampoco lo es en un mundo que conserva estos valores pero muchas veces alejados de la vida. La Declaración sobre el Hermano de las Escuelas Cristianas en el mundo actual, hace ya 40 años, nos decía: *La mentalidad contemporánea se desinteresa del mensaje cristiano en la medida en que se presenta a su mente como ideología, impuesta desde el exterior por vía de autoridad; o deductivamente, partiendo de principios sin relación con la vida concreta y la situación personal del hombre... Tales dificultades nos incitan a meditar sobre este asunto de manera clarividente y resuelta. No renunciamos en modo alguno a anunciar a Jesucristo; creemos que la juventud actual necesita el mensaje evangélico y es capaz de escucharlo* (D 39).

Porque, a pesar de las apariencias, el mundo de hoy, particularmente el de los jóvenes, cuando se le sabe motivar es muy sensible a la búsqueda de lo trascendente. *Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje incluso si es exigente y marcado por la Cruz. Por eso vibran-do con su entusiasmo, no dudé en pedirles una opción radical de fe y de vida, señalándoles una tarea estupenda: la de hacerse "centinelas de la mañana" en esta aurora del nuevo milenio* (Juan Pablo II, NMI 9).

La educación cristiana, por consiguiente, tiene un papel importantísimo que jugar en nuestra realidad actual, con tal de comprenderla de una manera integral como una educación capaz de humanizar, de personalizar, ejerciendo una función crítica que posibilite la creación de una nueva sociedad, participativa y fraterna, que convierta al educando en sujeto, no sólo de su propio desarrollo, sino también al servicio del desarrollo de su comunidad, que permita interiorizar y hacer norma de vida los valores evangélicos.

Es interesante a este respecto analizar el proceso que los Obispos latinoamericanos han recorrido en su reflexión sobre la educación cristiana, y que me parece podemos aplicar a muchos otros contextos. En Medellín nos hablaron de una *"educación liberadora"*; en Puebla nos piden, también, una *"educación evangelizadora"*, porque *el mejor servicio al hermano es la evangelización que le dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente* (P 1145); y en Santo Domingo explicitan este objetivo: *Cuando hablamos de una educación cristiana, hablamos de que el maestro educa hacia un proyecto de hombre en el que viva Jesucristo; por esto el maestro cristiano debe ser considerado como sujeto eclesial que evangeliza, que catequiza y educa cristianamente. Tiene una identidad definida en la comunidad eclesial. Su papel debe ser reconocido en la Iglesia* (S D 265).

El objetivo de la educación cristiana es sumamente ambicioso. Se trata de renovar la fe como doctrina y como forma de vida, para que sea fundamento de una nueva existencia personal. Una fe capaz de responder a las preguntas últimas de la existencia, pero una fe que se encarna en la historia y se traduce en exigencias de transformación social y estructural. Fe que no es sólo *"profesión"*, sino también estilo de vida marcado por los criterios evangélicos.

Las presencias lasallistas, extendidas por todos los continentes, abarcan diversas sensibilidades y expresiones. Esto, sin duda, es una de nuestras grandes riquezas pero, al mismo tiempo, hace más difícil los procesos, y el vocabulario. Más allá de los términos, no siempre entendidos de la misma manera, no es lo mismo la transmisión de la fe en un contexto secularizado que en un ambiente que conserva una mentalidad religiosa.

Debemos acercarnos a los cambios que vivimos a partir de tres actitudes:

- **la inmersión:** invitación a tener en cuenta la propia realidad, a sumergirnos en el mundo de los jóvenes y entrar en diálogo con él.
- **la mirada sistémica:** diferente de un estudio atomístico que analiza las cosas en forma lineal y de causa a efecto. La mirada sistémica asevera que un sistema está formado por elementos interdependientes y nos presenta una lógica del sistema en interacción con el entorno. En realidad ambas sensibilidades son necesarias: la de una transmisión lineal de la herencia histórica y la que surge de la perplejidad afectada por la amplitud de las mutaciones y por las interacciones que estamos llamados a establecer.
- **la individualización:** porque cada individuo gestiona a su manera su propia fe y sin preocuparse tanto por una herencia recibida cuanto por las experiencias personales vividas.

La escuela lasallista debe ser el lugar privilegiado para poner en práctica la misión de la educación cristiana al servicio de los pobres. Se trata de ver cómo la escuela puede seguir siendo hoy instrumento de evangelización en el ambiente pluricultural, consumista y secularizado que vivimos en muchos lugares, y cómo puede ayudar a los jóvenes a pasar de una teoría o de prácticas religiosas a una verdadera experiencia de vida, allí donde los valores religiosos tienen mayor pertinencia. Y esto a varios niveles: el ambiente mismo de la escuela, la catequesis explícita, la pastoral, los grupos apostólicos o de vida cristiana, la apertura a las familias, el compromiso con la Iglesia y con la sociedad y en especial con los pobres, el diálogo ecuménico e interreligioso.

5. Inculturación de la fe

Sabemos que la espiritualidad lasallista es una espiritualidad de la Encarnación. El Fundador nos invita a vivir este misterio desde una doble perspectiva. Vivirlo y anunciarlo desde una caridad sin límites como la de Jesús, hecho uno de nosotros; vivirlo y anunciarlo desde una humildad profunda que nos lleve a hacernos niños en sentido evangélico para que nuestro mensaje pueda estar al alcance de los niños y jóvenes que educamos. La espiritualidad lasallista de la encarnación unifica cuerpo y alma, profano y sagrado, escuela y catequesis, promoción humana y evangelización. Es una espiritualidad que parte de una realidad siempre iluminada por la Palabra. La Encarnación se expresa en un triple movimiento: cercanía, solidaridad e identificación. El misterio del Verbo Encarnado ilumina la tarea que hoy debemos realizar para inculturar el Evangelio en las distintas realidades del mundo.

La Regla de los Hermanos nos dice, al respecto, que *toda cultura necesita ser evangelizada. Los Hermanos se aplican a conocer, respetar y asimilar los valores positivos de la herencia cultural de los pueblos en que se insertan y están llamados a servir. En ellos descubren con gozo y esperanza, los signos de la presencia del Espíritu; y cuidan de que el fermento evangélico consiga renovar y enriquecer toda esa herencia cultural* (R 18).

El diálogo con las culturas permitirá al Evangelio fecundarlas haciendo avanzar el designio de salvación de Dios en la historia de la humanidad, particularmente en los nuevos areópagos que el mundo hoy nos presenta. Y nos hará cercanos a la cultura moderna y globalizada con sus luces y sombras, pero también, cercanos a las culturas locales con su sentido contemplativo y sus valores de solidaridad y participación.

Como lo ha expresado muy bien Pablo VI: *El Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente*

incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna (EN 20).

Es, pues, importante reflexionar sobre algunos principios concretos para la inculturación del Evangelio

1. En primer lugar es necesario un cambio de actitud. Pasar de la imposición a la escucha; del mandar al compartir; de pensar que ya lo sabemos todo a la tarea humilde y exigente de prepararnos para evangelizar de una forma nueva en el mundo de la educación. No podemos olvidar que un pueblo al que se le imponen formas de ser y pensar ajenas, que no tienen en cuenta su sustrato cultural, tarde o temprano terminará rechazándolas o serán en él algo periférico y superficial.
2. Asumir, no sólo en teoría sino también en la práctica, que en todas las culturas y a través de todas las expresiones religiosas se manifiesta Dios. *En todas las culturas y religiones se encuentra la semilla del Verbo de Dios y la fuerza del Espíritu de Dios. Esto implica un acercamiento respetuoso a las diversas culturas y religiones (Cir 435, p 39).* Esto no es fácil porque estamos acostumbrados a pensar que poseemos la verdad y que nuestro trabajo es simplemente transmitir lo que ya poseemos, sin nuevas búsquedas y apertura a la verdad del otro.
3. Es importante, también, una inculturación en el mundo de los jóvenes. La comisión 5ª de la primera etapa del 42º Capítulo General del Instituto afirmaba: *Comprobamos que hay un abismo entre el universo cultural de los jóvenes y las realidades del Instituto y de la Iglesia. Esto nos obliga a una toma de conciencia que compromete a todos los Hermanos, tanto de los países desarrollados como en vías de desarrollo, a intensificar el proceso de inculturación en el mundo de los jóvenes de todas las culturas. Esto nos permitirá estar en armonía con sus aspiraciones. De ello, redundará un nuevo impulso de optimismo y de vitalidad para todo el Instituto que favorecerá la pastoral vocacional.*
4. Respetar a las personas que piensan y son diferentes de nosotros, convencidos de que *la salvación se realiza en todas las culturas más allá, incluso, de los límites propios de la Iglesia visible (Cir 435 p 39).* Esta actitud la debemos vivir también en el interior de la Iglesia y de nuestras comunidades educativas.

5. Un aspecto práctico de la inculturación supone cierta estabilidad en los lugares de misión. La inculturación supone una preparación y unos cambios psicológicos y espirituales que necesitan tiempo para madurar y dar fruto.
6. Como nos lo recordaba el 42º Capítulo General: debemos estar convencidos de que el Evangelio es Buena Nueva para todas las culturas. *El Evangelio debe fecundar las culturas haciendo avanzar el designio de salvación de Dios en la historia de la humanidad, pero más con miras al reconocimiento y promoción del Reino de Dios, que únicamente a la conversión individual. Esto conlleva la acogida y el respeto de lo que "diferencia". Ya no puedo partir de lo "propio" para encontrar al "otro" sino que habrá que partir del "otro"* (Cir 435, pp 39-40).
7. Y al mismo tiempo y sin negar lo anterior, no renunciar a lo específico cristiano, capaz de purificar y enriquecer toda cultura. La persona y el mensaje de Jesús de filiación, fraternidad, amor incondicional, perdón sin límites, son la mayor riqueza que podemos dar al hombre en su relación religiosa con Dios, con los demás y con el mundo. Hoy como Pedro, podemos decir al hombre, de no importa qué cultura aplastado por tantos sin sentidos: *Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesús Nazareno, echa a andar* (Hch 3,6).

6. Anuncio y Diálogo

El Anuncio de Cristo y el Diálogo interreligioso son dos elementos de la Evangelización, complementarios pero distintos entre sí. A la luz de la economía de la salvación - nos dice Juan Pablo II - *la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión "ad gentes". En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima. Y al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser ni confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados como equivalentes como si fuesen intercambiables* (RM 55).

Inspirados por el caminar de la Iglesia, y los cambios en la sociedad en los últimos años, el Capítulo General de los Hermanos del año 2000 propuso, entre otras, dos urgencias para estos siete años. De una parte el anuncio explícito de la fe, allí donde sea posible, y de otra, la presencia lasaliana en las sociedades multi-religiosas (Cir 447, p 28).

6.1. Anuncio

La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser pues, tarde o temprano, proclamada por la palabra de vida. No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios (EN 22). Por eso Pablo VI afirmaba que a partir del discurso de Pedro en Pentecostés, la historia de la Iglesia se confunde con la historia de este anuncio. Allí donde sea posible, nos dice el Capítulo General. Pero esto no significa, contentarnos con mínimos. Por vocación somos ministros de la Palabra y estamos llamados a vivirla, anunciarla y compartirla. Como San Pablo podemos decir: *porque, si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. Ay de mí, si no evangelizara!* (1 Co 9,16).

El Fundador afirma, a su vez, que este anuncio nos debe llevar a una profunda vida de oración, para que nuestras palabras sean verdaderamente eficaces: *Vosotros tenéis la suerte de participar en las funciones apostólicas, al explicar todos los días el catecismo a*

los niños cuya dirección tenéis, y al instruirlos en las máximas del Santo Evangelio. Pero no produciréis mucho fruto en ellos si no poseéis plenamente el espíritu de oración, que comunica unción santa a vuestras palabras, y que las hace de todo punto eficaces, por penetrar hasta el fondo del corazón (MF 159,2).

Hace ya más de treinta años la Declaración nos proponía una serie de elementos sobre la primacía de nuestra misión catequística que es bueno no olvidar y que sintetizan la rica herencia lasallista que ha caracterizado al Instituto durante más de 300 años. La Regla de los Hermanos ha recogido lo esencial de esta tradición y nos dice: *Los Hermanos entienden que la labor de evangelización y de catequesis, por la cual colaboran al crecimiento de la fe de los bautizados y a la edificación de la comunidad eclesial, constituye "su principal función". Este convencimiento se proyecta en toda su formación y también en la elección de las tareas a las que se les destine (R 15).*

Por otra parte sabemos que entre evangelización y promoción humana existen lazos muy fuertes y por eso es importante no olvidar, sobre todo en aquellos casos en que el anuncio explícito no es posible, que *el Hermano - y el educador lasallista - trabaja en la realización del designio divino de salud, no sólo ejerciendo el ministerio de la Palabra de Dios, sino también entregándose a la educación de aquellos a quienes ayuda a conseguir, por la cultura la verdadera y plena humanidad (D 13,5).*

La Declaración, también, afirma sin ambages el rol fundamental del propio catequista: *Los jóvenes no encuentran al Dios que los llama por su nombre en los libros ni en las palabras, sino más bien en su catequista (D 40,5).*

Al estudiar este tema el 43º Capítulo General nos presenta una visión realista de lo que hoy vivimos y de la diversidad de situaciones que hoy se nos presentan. El anuncio explícito de la Buena Nueva plantea problemas en todos los continentes: ya sea a causa del contexto multirreligioso, ya sea a causa de la descristianización, de la secularización o de la increencia. El Capítulo, también constata que, cuando el anuncio explícito de la Buena Nueva se hace de manera impositiva, está abocado al fracaso porque el joven no se siente respetado. El anuncio explícito de la Buena Nueva se realiza a través de la asignatura de religión, dentro del horario escolar y a través de actividades pastorales fuera del horario escolar.

A partir de estas constataciones se nos invita a Hermanos y Colaboradores lasallistas a un compromiso renovado en la catequesis, y a una renovada formación específica en esta materia, para lo cual es muy importante, como ya lo señalábamos al hablar de la inculturación, introducirse en el mundo de los jóvenes y en su cultura, ciertamente ambigua, pero portadora de valores evangélicos.

Dentro de mis recuerdos de joven Hermano no puedo olvidar el influjo que desempeñaron en mi vida tres hechos catequísticos del Instituto en aquellos años conciliares marcados por un aire de renovación y de entusiasmo. Agradezco al Señor el haber podido estudiar en el San Pío X de Salamanca, en el cual la catequesis ocupaba un lugar privilegiado no sólo a nivel curricular sino también y sobre todo en el espíritu que se respiraba. La revista Sínte, el Fichero Catequístico, la Sala de Exposición catequística son una prueba. En segundo lugar la publicación por parte del Hermano Michel Sauvage de *Catequesis y Laicado* que marca un hito en nuestra historia y finalmente la publicación por parte del Hermano Superior General, Nicet Joseph, de la Circular 371 del 2 de febrero de 1962: *La misión de Catequista del Hermano de las Escuelas Cristianas*.

El Hermano José María Pérez Navarro en su tesis doctoral, *La catequesis lasaliana en los últimos 50 años*, sintetiza lo esencial de esta importante circular, reconociendo al mismo tiempo la actualidad que sigue teniendo para nuestra misión catequística: *la catequesis es una prioridad para la Iglesia; nuestra misión es una de las más necesarias; el anuncio de Jesucristo es el centro de la catequesis; el catequista debe tener una buena preparación en todos los aspectos; la escuela cristiana es un lugar privilegiado para el anuncio de la Buena Nueva; la catequesis debe ocupar un lugar destacado en ella; la escuela cristiana debe tener un clima favorable para que la fe pueda crecer; la escuela cristiana debe convertirse en comunidad de fe viva; no se dará verdadera educación de la fe sin el testimonio de los educadores y el ambiente fraternal que debe reinar en ella* (p. 180).

Creo que para las presencias lasallistas hoy es cada vez más claro que la Catequesis debe integrarse en el ámbito más amplio de la Pastoral. Y en este sentido no es lo mismo la pastoral en la escuela que una escuela en clave pastoral. La pastoral no debe ser

reducida a lo sacramental o litúrgico. La escuela en clave pastoral es aquella en la que la praxis transformadora de una comunidad eclesial toma cuerpo, comprometiéndose en la proclamación del Evangelio y en la promoción de la dignidad de la persona, celebrando así, la presencia salvadora de Dios en medio de ella.

La pastoral es la mediación que facilita el encuentro de la persona con Dios y el descubrimiento de su plan de salvación. No debemos olvidar que hoy una forma necesaria y urgente de evangelizar es humanizar. Y ésta siempre es posible aún en los ambientes pluralistas donde cada vez nos movemos más. En el fondo ser cristiano significa promover todo lo que hay de humano en nosotros viviendo una relación fraterna entre nosotros y una relación filial con Dios. *Abrir los jóvenes a la vida, al sentido de la responsabilidad, al conocimiento y al amor, es ya realizar la obra de Dios, cuyo Reino se construye tanto por la actividad de la Iglesia como por el trabajo del mundo* (R 15c).

Teniendo presente al mismo tiempo que, en ambientes cristianos, la pastoral, como parte de la misión de la Iglesia, constituye el conjunto de acciones para hacer presente la salvación mediante el conocimiento de Jesucristo, su vida, su mensaje y su mandamiento fundamental: el amor. El Fundador pone muy alto el listón que deberíamos alcanzar: *Si amáis mucho a Jesucristo, os aplicaréis con todo el esmero posible a imprimir su santo amor en el corazón de los niños que educáis para ser sus discípulos. Procurad, pues, que piensen a menudo en Jesús, su buen y único maestro; que hablen a menudo de Jesús, que no aspiren sino a Jesús y que no respiren sino por Jesús* (MF 102,2). En este sentido podemos hablar de una pastoral del *discipulado*.

La pastoral se traduce en una inmensa gama de posibilidades inspiradas por la creatividad y por el celo apostólico: Departamento de Educación de la Fe, comisiones, voluntariado, comunidades cristianas de vida, grupos juveniles, grupos de oración, misiones, grupos apostólicos de servicio a los pobres, retiros, grupos de estudio... Tengo que confesar que durante mis visitas he quedado maravillado por el número y el dinamismo de tales grupos en algunos de nuestros colegios y pienso particularmente en el Medio Oriente en donde a la par de grupos cristianos hay otros grupos o actividades de servicio integrados por alumnos de diversas religiones.

La pastoral, además, no debe olvidar las hermosas tradiciones lasallistas que han marcado a tantas generaciones de nuestros alumnos, tales, como la reflexión diaria, el recuerdo frecuente de la presencia de Dios, la oración al inicio de ciertas actividades, el acompañamiento espiritual, el contacto con las máximas evangélicas, la participación litúrgica, la iniciación a la vida sacramental...

Y hoy que hablamos de Misión compartida, es un hecho también que estamos viviendo una Pastoral compartida en donde cada uno, desde su vocación, participa activamente en los proyectos de pastoral de los centros aportando la complementariedad insustituible de su propio estado de vida.

6.2. Diálogo

La espiritualidad de comunión, en una Iglesia que se define como Pueblo de Dios, nos debe llevar a vivir el diálogo en distintos campos y en diversos niveles de los cuales uno de los más importantes en el mundo globalizado en el que vivimos es el diálogo ecuménico e interreligioso. Su finalidad, en palabras de Juan Pablo II, es la siguiente: *Por medio del diálogo, la Iglesia pretende descubrir las "semillas de la Palabra" (AG 11,15), el destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres, semillas y destellos que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad (RM 56).*

El diálogo ecuménico e interreligioso es una realidad que hemos vivido en las presencias lasallistas gracias a nuestra internacionalidad. En efecto, nuestra presencia en el Medio Oriente, Asia y África, que se remonta a más de 150 años, se ha distinguido por un espíritu de respeto, diálogo y tolerancia extraordinarios. Personalmente, ésta ha sido una de las experiencias más hermosas que he vivido como Superior General en mis visitas a estas Regiones. Actualmente es un hecho que hay obras educativas lasallistas en Europa, y también, cada vez más, en Norteamérica y Oceanía, donde un porcentaje significativo de nuestros alumnos está constituido por musulmanes, hindúes, budistas y muchos otros grupos religiosos, o por jóvenes no creyentes.

Se han hecho ya clásicas las dimensiones de este diálogo que van desde el diálogo de la vida al del intercambio teológico pasando por el diálogo de la acción y de la experiencia religiosa (cf. Diálogo y Anuncio, 1991).

A este respecto nuestro último Capítulo General, nos dice cómo las grandes religiones viven una fe centrada en el designio de Dios que ha creado a todos los hombres y que los llama a vivir juntos como hermanos/as y caminar hacia él como hijos e hijas. El cristianismo debe situarse en este contexto y dialogar, ser tolerante, trabajar junto a las otras religiones en la construcción de un mundo más humano, sin dejar de ser testigos de Jesús, manifestación del Padre.

Nuestras presencias lasallistas dedicadas a la educación cristiana chocan con este dilema: crear un entorno educativo centrado en la apertura intercultural e interreligiosa y por otra parte sensibilizar a los jóvenes cristianos a una lealtad evangélica y eclesial.

El Capítulo de los Hermanos nos invita a un diálogo interreligioso en cuatro niveles:

- **Vida:** Hermanos, Colaboradores y jóvenes debemos construir relaciones de amistad y desarrollar la fraternidad trascendiendo las diferencias religiosas.
- **Escuela:** Un lugar de encuentro en el cual el niño es el centro, cualquiera que sea su religión. Continúa siendo un lugar de educación humana y religiosa dando la prioridad al servicio educativo a los pobres.
- **Servicios:** Los Hermanos, Colaboradores y jóvenes son solidarios en el servicio a los pobres, a pesar de sus diferencias religiosas.
- **Institucional:** Participando en el diálogo interreligioso en encuentros nacionales o internacionales y compartiendo proyectos comunes a favor de la justicia y la paz (Cir 447, p 34).

Me parece que las raíces más profundas del diálogo interreligioso están en el Evangelio y en la enseñanza, libertad y praxis de Jesús. Para Él el mandamiento principal es amar a Dios y al prójimo. Para Él al final de la vida se nos juzgará sobre el amor: *Tuve hambre y me dísteis de comer, tuve sed...* (Mt 25). El diálogo más allá de las diferencias religiosas nos debe llevar a construir un mundo donde todos puedan ser y sentirse hijos e hijas de Dios; hermanos y hermanas entre sí y a tener una atención del todo particular por los pobres y los que sufren. En una palabra a construir juntos el Reino de Dios a base de acogida, perdón, humildad, cercanía, ternura, solidaridad, compasión y misericordia.

Sin duda es Asia, cuna de las grandes religiones, el lugar privilegiado de este diálogo que hoy se abre a las dimensiones del mundo; por eso pedí a uno de mis Hermanos de Malasia, con amplia experiencia en este campo, que me compartiera las formas concretas de cómo vivir el diálogo de la vida y de la experiencia religiosa en nuestras comunidades, y es ahora lo que comparto con ustedes. Las diferencias en el **vivir** deben ser mutuamente complementarias y enriquecedoras:

- Nuestras comunidades tienden a identificarse con un trabajo-servicio sistemáticamente organizado, al que se le da mucho tiempo y se cuenta con los últimos adelantos; las comunidades de las otras religiones enfatizan la vida en general y particularmente la vida espiritual, la gente comparte con los miembros de estas comunidades a lo largo del día, y su trabajo es menos formal.
- De una manera u otra los religiosos católicos somos percibidos como eruditos y maestros, mientras que ellos son vistos como gente de oración, santa y espiritual.
- En general aparecemos como menos comprometidos directamente con los pobres, pero se nos admira por la manera como influimos intelectualmente en la gente.
- Como nuestras comunidades religiosas se comprometen con la justicia y la paz, también hay movimientos similares entre ellos e instancias para trabajar conjuntamente.
- Su meditación y oración salmódica parecen ser más solemnes y menos apresuradas que nuestras oraciones vocales.
- En algunos casos sus comunidades religiosas son centros temporales de formación en donde seguidores de su religión hacen una substancial experiencia, sin abrazar la vida religiosa de por vida.

La **experiencia de Dios** que estamos llamados a vivir es también punto de encuentro. Ésta supone, como parte del proceso, *la purificación* simbolizada por el agua del bautismo, los baños en la religión hindú, las aspersiones de agua en el budismo... Estos ritos son signos de la integración de lo divino y de lo humano. Como lo expresa un poema sufí: *Tanto he pensado en Ti, que mi ser cambió a Tu Ser, paso a paso. Te acercaste a mí, poco a poco me alejé de mí.* Palabras que en clave cristiana podemos traducir por

aquellas de San Pablo: *Con Jesús estoy crucificado y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Ga 2,19).

La purificación no es fin en sí misma, sino el camino hacia la unión con Dios. Cuando la persona ha perdido el "yo", se convierte en sacramento de Dios: *Lo que ve, lo ve con los ojos de Dios; lo que oye, lo oye con el oído de Dios; y las palabras que pronuncie, serán las palabras de Dios* (Poema sufí). O como lo expresaba Tagore al compartir su experiencia de trascender las cosas y zambullirse en Dios: *No vengo a Ti solamente por un vaso de agua, sino por la fuente misma. No vengo buscando guía sólo hasta la puerta, sino hasta dentro de la casa del Señor; no busco solamente el presente de amor, sino el Amor mismo. Debemos reconocer al Espíritu que sopla en donde quiere y no sabemos de dónde viene y adónde va* (Jn 3,8) y estar abiertos a cuanto de noble y bueno nos ofrecen otras personas y otras religiones.

No se trata ciertamente de caer en el relativismo y pensar que todo vale. Nuestro aporte lo hacemos desde Cristo a quien seguimos y con quien queremos conformarnos. No se trata de decir que todas las opiniones son verdaderas, sino, que todas las religiones en las que se busca sinceramente a Dios y están abiertas a las necesidades del prójimo, sobre todo si es pobre y necesitado, son caminos que conducen a Él.

Las diversas experiencias religiosas enriquecen al mundo, tal como lo expresó G. Jung: *No importa lo que el mundo piense sobre la experiencia religiosa; quien la ha hecho posee un gran tesoro de algo que para él se convirtió en fuente de vida, sentido, belleza, dando un esplendor nuevo al mundo y a la humanidad.* Lo cierto es que cuando se busca en la religión la unión y experiencia de Dios, ésta se traduce siempre en un impulso a darse y a entregarse a sí mismo en beneficio de los demás. En este sentido podemos casi afirmar que fuera de la fraternidad no hay salvación.

El diálogo interreligioso nos abre posibilidades enormes que unos y otros juntos podemos afrontar. Por ejemplo: promover y fomentar dicho diálogo y el diálogo entre las culturas evitando lo que se ha llamado el choque de las civilizaciones; el comprometernos con la paz y la no violencia; crear redes de solidaridad y trabajar por un orden internacional más justo y por aquellos que van que-

dando excluidos; defender la vida humana y la de la naturaleza; ser testigos de los valores trascendentes y éticos.

Y esto sin olvidar, el día a día, el diálogo de la presencia cotidiana, respetuoso y fraterno, que nos permite sentirnos bien con los que son “*diferentes*” y tener conciencia de nuestra propia bondad a un nivel de amor y amistad que supera el mero entendimiento a nivel de ideas o conceptos intelectuales. Como dice el Hermano John D’Cruz, mi hermano de Malasia: *En estos momentos de profundo, personal y genuino compartir nuestras historias, sentimientos, deseos y sueños, surgen también momentos de silencio. Tales momentos de silencio son una llamada para detener nuestros pensamientos sin rumbo y abrirnos con admiración a un profundo conocimiento de nuestra vida espiritual. Es en esos momentos de silencio donde el verdadero diálogo brota del corazón y le permite asociar unidad y diversidad.*

7. Hacer visible el rostro de Dios

El mundo de hoy necesita más que teorías, testimonios y signos que lo desinstalen y lo abran a la trascendencia. El Fundador nos dice que los jóvenes aprenden más por lo que ven que por lo que oyen: *Pues el ejemplo produce mucha mayor impresión que las palabras en la mente y en el corazón: principalmente en los niños quienes... se forman ordinariamente imitando el ejemplo de sus maestros; y se inclinan más a hacer lo que ven en ellos que lo que les oyen decir* (MR 202,3). Las instituciones lasallistas deben ofrecer una escala de valores alternativa, crítica al statu quo, modelo inspirador para una sociedad inspirada en los valores del Evangelio.

La educación hoy debe llevar a los jóvenes al encuentro con Dios en su propio interior. Debemos educar para la interioridad. Paradójicamente esto se logra cuando facilitamos el descubrimiento de la propia fragilidad.

En el Euro La Salle 94 de Estrasburgo, Gabriel Ringlet, Vicepresidente de la Universidad de Lovaina en Bélgica, lo expresaba con estas estupendas palabras: *Pienso que es urgente hoy, educar a la fragilidad. En la casa, en la escuela, en la Iglesia, en el trabajo, en la pareja. No hay deshonor en el reconocer los propios errores, las fisuras, rupturas, arrugas... cuando se es padre, cónyuge, profesor, vicerrector, cura. Cuando se es Dios. La grandeza única del cristianismo, es osar decir que Dios es frágil. Es osar decir que en cada hombre, aún en el más miserable, "existe una fisura que abre a otro universo". La clave de la experiencia pedagógica, como la clave de la experiencia amorosa, como la de la experiencia espiritual, es la no-plenitud... Qué maravillosa vocación para la escuela de hoy! Invitar a cada uno a alcanzar su propia tierra interior. Permitir a cada uno descubrir su tierra prometida. Animar a cada uno a decir su palabra. Ayudar a cada uno a descender hacia su verdad más secreta.*

Pero esto no significa renunciar al compromiso por el bien del hermano y de la hermana. Hoy se nos habla del fin de la historia, como una invitación a renunciar a la utopía y al compromiso. Lo que cuenta es la intimidad y la realización personal, un misticis-

mo sin prójimo ni historia. Los tres grandes valores de nuestro mundo parecen ser el individualismo, la competencia y el consumismo. Siguiendo en esta reflexión al jesuita Manuel Díaz Mateos, que desempeña su ministerio apostólico en Perú, podríamos decir que estamos pasando de Amós, profeta de la justicia, a Oseas profeta de la misericordia y del afecto. Nos guste o no, debemos estar abiertos a los signos de los tiempos, que con todas sus ambigüedades, nos muestran el terreno donde sembrar la Buena Nueva en el corazón de los jóvenes que educamos.

A un pueblo desanimado, herido y roto Oseas lo alienta con el lenguaje cálido del afecto, del perdón y de la gracia: *Y yo la volveré a conquistar, la llevaré al desierto y allí le hablaré de amor* (Os 2,16). Dios decide curar a Israel con el cariño y el afecto. ¿No será esto para nosotros una llamada a tomar más en serio las heridas del corazón de los jóvenes para sanarlas? ¿La Buena Nueva que la educación cristiana aporta no es ante todo conciencia de sentirse amado, valorado, bendecido, como una manera de contrarrestar la baja autoestima? ¿Y en una sociedad en donde todo se vende y se compra, no tendremos que convertirnos a la gratuidad que nos permite desarrollar la capacidad de contemplar, de agradecer, de maravillarnos ante el misterio o la belleza?

Esto no significa renunciar a la justicia. De hecho la unión a Yahvé debe cimentarse en justicia y derecho: *Yo te desposaré para siempre. Justicia y rectitud nos unirán, junto con el amor y la ternura, y la mutua fidelidad también. Y así conocerás quién es Yahvé* (Os 2,21-22).

La invitación de Jesús de hacernos niños, es una invitación a abrirnos al mundo de la gracia, de la ternura, de la caricia, del afecto, como lo hacen los niños. Sin duda el hombre de hoy, los jóvenes que hoy educamos, necesitan sobre todo una palabra, un gesto que les llegue al corazón y ahí se encontrará con Dios y se abrirán a sus hermanos necesitados. El reto siempre será saber unir esta actitud cercana y comprensiva con la palabra profética y el gesto contestatario, que brotan del mismo amor. ¿No es éste acaso el mensaje lasallista? *Es necesario que veáis la obligación que tenéis de ganar su corazón como uno de los principales medios para moverlos a vivir cristianamente. Reflexionad a menudo que si no os valéis de este medio, los alejaréis de Dios, en vez de conducirlos a Él* (MF 115,3).

8. Conclusión

Sabemos que nuestro tiempo, que podemos caracterizar por su indiferencia religiosa, está marcado paradójicamente por una incontestable sed espiritual. Las manifestaciones de este fenómeno son discordantes y ambiguas. No sabiendo dónde saciar la sed de infinito se bebe en todas las cisternas, cisternas muchas veces rotas en la imagen de Jeremías. Por eso con el poeta Luis Rosales podemos decir:

*De noche iremos, de noche,
sin luna iremos, sin luna,
que para encontrar la fuente
sólo la sed nos alumbra.*

El mundo de hoy y particularmente los jóvenes, esperan de nosotros que compartamos con ellos un rostro renovado de Dios, fruto de nuestra experiencia personal y de nuestra familiaridad con él. *Lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos tocado...* un Dios Amigo, enamorado de cada ser, servidor humilde de sus criaturas, venido para servir y no para ser servido, capaz de amar gratuitamente, de perdonar incondicionalmente, siempre cercano, que sufre en la carne de los pobres, que desea la salvación, la felicidad, la dicha, la paz para todos, que pone en pie nuestra dignidad y pide nuestra responsabilidad... El Dios del Reino revelado por Jesús.

Y desde esta experiencia, debemos ofrecer a los jóvenes y al mundo corazones disponibles para escucharlos, comprenderlos, ponerlos de nuevo en camino; **comunidades** capaces de acogerlos y guiarlos; **escuelas** cercanas a sus inquietudes; una **catequesis** capaz de dar un sentido a su vida y de comprometerlos en la construcción de un mundo más fraterno, humano, solidario y participativo, anticipo del Reino; una **pastoral** que les haga vivir en primera persona la presencia transformadora y la plenitud de Dios.

Para compartir

1. ¿Cuál es la situación religiosa en la que viven los niños y jóvenes o los adultos con los que usted trabaja? ¿Dicha situación se ve reflejada en el cuaderno?
2. ¿Qué aspectos de lo leído y reflexionado le han aportado nueva luz en su vocación de catequista, “Ministro y Servidor de la Palabra”?
3. ¿Qué textos de La Salle, de los leídos en el cuaderno, le han llamado más la atención? ¿Por qué?
4. Desde la situación que usted vive, como educador de la fe, ¿cuáles son los retos más importantes con los que se ha encontrado en la lectura del texto, en cada uno de los capítulos?
5. En la lectura y reflexión de lo leído, ¿ha encontrado claves y pistas para superar las dificultades que encuentra en su tarea evangelizadora?
6. ¿Cómo tendrían que promover en su centro educativo esta dimensión esencial de la misión educativa lasallista? ¿Qué iniciativas propondría?

INDICE

1. La evangelización brota de la experiencia de Dios	7
2. Fijando nuestros ojos en el que inicia y completa nuestra fe, Jesús (Hb 12,2)	13
3. Ministros de la Palabra según San Juan Bautista de La Salle	17
4. Comunicar la fe hoy	21
5. Inculturación de la fe	25
6. Anuncio y Diálogo	29
6.1. Anuncio	29
6.2. Diálogo	33
7. Hacer visible el rostro de Dios	39
8. Conclusión	41